

LOS DISCURSOS MILITARES DE FRANCO

por MARIANO AGUILAR OLIVENCIA
Comandante del Servicio Histórico Militar

En los discursos militares de Franco se ven plasmados programas políticos, exigencias e incluso justificaciones, siempre bajo el denominador común del experto, del especialista que utiliza una terminología justa y adecuada.

Cada vez que sintió la necesidad de dirigirse a sus compañeros lo hizo con un lenguaje escueto, impresionista, sin dejar cierto regusto literario, a veces grandilocuente y expresivo, pero nunca con fórmulas de compromiso ni fáciles promesas. Sólo una vez se le oyó embargado por la emoción del trascendental momento —era el 1.º de octubre de 1936— aunque con voz pausada y clara dijo: «La victoria está de nuestro lado. Ponéis en mis manos España y os aseguro que mi pulso no temblará, que mi mano estará siempre firme. Llevaré a la Patria a lo más alto o moriré en mi empeño». Palabras secas, autoritarias, llenas de ilusión, resistentes por tanto al análisis literario e incluso programático, pero en las que se intuyen las dos pautas que representarán el norte de su vida como militar y hombre de estado: «Su deseada unidad de criterio y la disciplina».

Siempre que encuentra ocasión, presenta Franco al ejército como cumplidor de los preceptos castrenses y defensor de los enemigos exteriores e interiores de la Patria, justificando el Alzamiento en que fuera secundado por el pueblo y las milicias... «Al Ejército no le es lícito sublevarse contra un partido ni contra una Constitución porque no le gustan; pero tiene el deber de levantarse en armas para defender a la Patria cuando está en peligro de muerte» (1). Inquieto por refrendar y dar sentido a la guerra de Liberación y conocedor de la historia de España, para decir de ella utiliza conceptos contrapuestos, que no es una cosa artificial, que «es la coronación de un proceso histórico, es la lucha de la Patria con la antipatria, de la unidad con la secesión, de la moral con el crimen, del espíritu contra el materialismo y no tiene otra solución que el triunfo de los principios puros y eternos sobre los bastardos y antiespañoles» (2).

(1) Declaraciones a *A B C* de Sevilla el 19-VII-1937.

(2) Declaraciones a la Agencia Havas el 27-VII-1938.

Años después, el 26 de noviembre de 1959, ante la Hermandad Nacional de Alféreces Provisionales, con evidente conciencia histórica y utilizando expresiones militares típicas, serenamente expuestas, con emoción real y suave exigencia, se dirige a unos hombres, a los que veinte años después de su esfuerzo bélico tiene la habilidad de descubrir su protagonismo responsable, consciente y real en la vida de un país en marcha. No se conforma con recordarles su gesta, que implícitamente les puede marginar en momentos de paz, sino que les asegura que la guerra, aquella donde ellos se forjaron, no se puede acabar nunca pues «no basta con haber salvado a la Patria, no fue suficiente que arrancáramos el laurel de la victoria para poder descansar». En el mismo estilo y cuando ya cuenta con un auditorio satisfecho por las palabras de reconocimiento del hombre que los llevó al éxito final, sin inflexiones, con el mismo lenguaje expresivo plantea más la necesidad que la exigencia de «que seamos los guardianes de aquella victoria, los mantenedores de aquella obra; que si logramos hacer que aquella España despertase no fue para que pudiera volver a caer, sino para que marche por el camino de su grandeza, y esto se logra si mantenemos los lazos estrechos, si conservamos nuestra hermandad, nuestro compañerismo, nuestros ideales, si no dejamos que esos ideales perezcan en la lucha por la vida, si sabemos inculcarlos a nuestros hijos, si aseguramos que las generaciones futuras sepan lo que deben a las generaciones pasadas, y si conseguimos que este Movimiento de la nación hacia su grandeza no sea nunca interrumpido. Y para ello es necesario el esfuerzo de todos los españoles, y entre todos los españoles principalmente, los esfuerzos de los mejores, de los que tanto se distinguieron, de los que hicieron entrega de sus vidas y de sus seres queridos por esta España nueva».

Con motivo de la toma de Bilbao hace un canto a España, dirigido a los burgaleses y a aquellos hombres que de antemano sabe que tiene de su lado: «hijos, corazón y latir, castellanos viejos, hombres de Burgos, hijos de Castilla, hijos de la católica y tradicional Navarra» les llama, como buscando en ellos la esencia de la unidad patria; para continuar con cadencioso juego literario haciendo una semblanza de la enseña nacional: «El oro de vuestras mieses simbólicas y el resplandor de vuestra gloria, forma, entre las bandas de sangre de los hijos, héroes y mártires de España, la bandera nacional, la bandera que ondea hoy en los caseríos vizcaínos...» Continúa como hombre de estado, hablando de justicia social, de hermandad entre españoles y de las grandezas de la Patria para entrar de lleno en una loa encendida al soldado español que él tan bien conoce y del que lleva toda una vida sintiéndose orgulloso: «Significa ello el triunfo rotundo que se debe al espíritu del soldado español, sufrido, ejemplar y heroico, que asombra al mundo con su gesta; es el resurgir de un pueblo que quiere ser libre, de una nación que pide un puesto, de una raza que dice: Esto fuimos y esto seremos», para finalizar con

bellas reminiscencias triunfalistas y rubenianas: «Ya lucen en Vizcaya las banderas de España; ya marchan por las calles y se escuchan en ellas los himnos nacionales; ya suena nueva música y el nuevo programa de la España Nacional...»

Su inquietud por la paz y la unidad como pilares fundamentales de la nueva España, le hace mezclar ambos conceptos en el discurso —quizá más elocuente y construido—, que pronuncia ante los cadetes de la Academia General Militar en diciembre de 1942, donde tras recurrir al «decíamos ayer» de Fray Luis, recordando a los alumnos el cierre de la Academia y la sustitución de la enseñanza nacional por un arrebato iconoclasta, vierte ideas tan tajantes como la que manifiesta: «¿Es qué existe la paz? Yo niego la existencia de la paz» porque allí se «forjan las victorias y se deciden las derrotas» y no deben los pueblos dormirse en ellas. Inmediatamente, tras un hábil recurso histórico en el que plantea una de las claves del fracaso alemán, ensalza la unidad y disciplina como base indispensable para la victoria, llegando al corazón sensible y encendido de los cadetes al afirmar que «las Academias Militares son los laboratorios donde no sólo se forja la doctrina de los Ejércitos, sino que se crea la moral de las generaciones» a las que debe trascender la disciplina, antes atributo castrense. Al final mediante un juego propio de cuidado escritor, enlaza nuevamente, la disciplina, la unidad, la colaboración y otros conceptos, hasta convertir en arenga el sosegado y elaborado discurso inicial, demostrando con ello, el profundo conocimiento del auditorio, al que sabe introducir, preparar, madurar y finalmente enardecer.

Con los mismos sentimientos, pero con otras palabras, llenas de afecto, supo dirigirse ese mismo año a los oficiales de la guarnición de Sevilla, que habiendo vivido la guerra, son capaces de transmitirle su reconfortado entusiasmo, como él mismo reconoce. Entonces, dando rienda suelta a sus más profundos sentimientos, con un lenguaje sencillo, preciso, concreto, militar al fin, comienza: «En estos momentos en que me encuentro ante la oficialidad del Ejército español, ante mis queridos camaradas de ayer, de hoy y de mañana, siento la satisfacción de aquellos actos de mi vida militar, hoy remozados por encontrarme entre esta oficialidad, que ha crecido y se ha curtido en pleno campo de batalla y que constituye la promesa más seria y cierta que encuentra España en estos momentos».

Consciente de su responsabilidad y de su protagonismo, que sin duda se esfuerza en traspasar al pueblo español en un afán de hacerle partícipe real de la Cruzada, escribe una y otra vez de la justificación de su necesidad histórica. En forma de preámbulo descriptivo, con recursos y ejemplos, resulta cumplido, sobrio en los conceptos, preciso en las frases, esquemático, exacto y justamente literario, el escrito para el 19 de mayo de 1946 en Oviedo. Se percibe un equilibrio religioso y patriótico admirable en el hombre de Estado que no descuida sus inquietudes de escritor en el momento de transmitir

su ideario político. Dice así: «Por eso en estos momentos quiero desprenderme de lo que no es mío, o sea de la ayuda de Dios, de la que nos prestó en nuestra Cruzada para la victoria, al librarnos más tarde de la guerra y la que nos ofrece en todos los momentos. Yo realicé mi deber, el cumplimiento de mi deber; pero nada más que eso. Lo demás, tal vez lo haya alcanzado por estos merecimientos. Os decía que los hechos de la historia vienen encadenados, que nuestra Cruzada no fue un capricho, ni una ambición, ni una arbitrariedad; fue una necesidad histórica, y fue una necesidad histórica porque llevamos un siglo deshaciendo a España». Continúa, estableciendo una elocuente comparación a modo de ejemplo: «Porque había habido otro movimiento de entraña popular, como fue el movimiento de nuestra guerra de la Independencia. Entonces fue el pueblo el que se alzó y el que no quería afrancesados... Y el pueblo español luchó entonces como héroe y abatió el poder del jefe más temido de Europa. Y al grito de guerra surgieron en nuestros valles y en nuestras montañas, aquí un guerrillero, allí un cura, aquí un trabajador y allá un capitán, y todos ellos arrancaron la victoria de España contra la anti-España...» «No nos alzamos por una clase determinada, sino por España entera...» «Pero vamos a ponernos ante nuestros problemas»; y en el próximo párrafo de la clave definitiva al desbordar su sentimiento como en ninguno otro de sus discursos: «Esta es la fuerza de nuestra Cruzada; no hemos luchado los españoles en una simple guerra civil entre hermanos; hemos luchado la España y la anti-España. Por eso Dios tuvo que hacer que el triunfo fuese de España, de la España católica, de la inmortal, de la grande».

En otras ocasiones, como en un discurso en la Escuela Superior del Ejército el 15 de octubre de 1945, la oratoria de Franco llama la atención por su armónica estructura, el tono uniforme y la ausencia de artificios. Con una gran seguridad profesional y el aplomo de su bien ganada magistratura, escribe para un grupo de especialistas que ocupan los más altos cargos de la milicia, aprovechando la ocasión para dirigirles unas palabras sobre las lecciones que brinda a todos la Segunda Guerra Mundial recién terminada, centrando sus enseñanzas dentro de unas premisas de política exterior e interior, de la técnica y la preparación militar, «íntimamente unidas al pasar del concepto de la nación en armas al de naciones en armas que hoy constituyen los núcleos que se enfrentan»; manteniendo la teoría de las insuperables dificultades para las neutralidades y la desaparición de la guerra entre las naciones pequeñas, que estaban condenadas a ser sumandos de las demografías mayores. Justifica la política exterior de España, inspirada en solidaridades y lealtades recíprocas y, en cuanto a la interior, aún sin entrar en consideraciones generales, emite un juicio profundo, valorado y encuadrado perfectamente, al decir que «las guerras no hacen más que acelerar el proceso político de los pueblos; la victoria o la derrota no es en ellas más que tremendo azar que no cambia la verdad, la razón ni la filosofía».

En el mismo discurso, se aprecia su constante proceso de evolución en el enfoque de temas puramente tácticos, en los que se reveló como un verdadero especialista, el comentar el Reglamento de las Grandes Unidades, y sobre todo, en la particular concepción del elaborado *A B C de la batalla defensiva*, donde vierte ideas revolucionarias que postergan toda una doctrina heredada de las campañas de África y de la primera Guerra Mundial y a la que la costumbre opuso la natural resistencia. Podía muy bien seguir manteniendo ocho años después sus propias teorías, alejado del campo puramente militar, por sus muchas obligaciones de estado, pero su objetividad y agudeza crítica le lleva a reconocer en un texto técnico y profundo, el eclipse sufrido por la táctica, aunque la nueva concepción reafirmara sus teorías.

En los numerosos discursos pronunciados con motivo de la celebración de la Pascua Militar, algo ampulosos los de la primera época, sobrios los más, destaca de una manera especial su interés por reforzar la concentración espiritual de la comunidad militar, «a los que corresponde ser los apóstoles de la Patria, dice en el pronunciado en 1948, y conservar puras sus esencias, considerando que las desgracias van íntimamente unidas al sufrimiento de los miembros de las instituciones castrenses». Habla con vehemencia siempre de la decadencia de España, de su resurgimiento y de las nuevas generaciones. Algunos de ellos, son un acertado resumen de la política mundial del año anterior, ofreciendo soluciones y proyectos de gobierno a los que el tiempo habría de dar la razón. En el de 1957, que coincide con la celebración de sus bodas de oro con la milicia, comienza recordando esta entrañable fecha para atacar inmediata y abiertamente a Rusia, «monstruo asiático-europeo que desde hacía dos años venía pasando por encima de todos los principios y de todas las razones», justificando sus progresos en la decadencia española que dejara desamparada a Europa.

La tónica general en todos los discursos gira alrededor de una temática que enfoca y trata según las circunstancias, pero que siempre abarca de manera asidua, la unión a ultranza entre los hombres y las tierras de España, acompañada de una inquebrantable lealtad y firmeza, conexión y disciplina, reservando a las fuerzas armadas un papel siempre importante, midiendo su fortaleza tanto en el bienestar del pueblo como en su preparación civil, intelectual y militar y manteniendo casi axiomáticamente que «el Derecho no cuenta cuando no le acompaña alguna fuerza», y que «la debilidad y el sometimiento no traen jamás la paz, pues con el deshonor va siempre la ruina y la esclavitud». Algunos discursos son programáticos, otros son la versión militar del que anualmente dirigía a los españoles con motivo del fin de año y hasta justificativos de la aparente postergación de las mejoras institucionales en beneficio del desarrollo civil de España.

Con la expresividad de su estilo literario se dirige a una nueva

promoción de oficiales de Estado Mayor, a los que dice que, «no importa que haya acabado la batalla. ¡Nadie puede marcharse a descansar!». Son los tiempos difíciles de 1946, la Segunda Guerra Mundial ha terminado y España sufre los embates de los vencedores. Es necesario reforzar el espíritu y alentar a los nuevos titulados. «Ante nosotros se levanta la voz de nuestros muertos, la firmeza de los que nos mandaron, el testamento de los que dieron su sangre, la voluntad de los que no están ya entre nosotros». El discurso va directo al espíritu y, como tal, emociona, enciende; en él caben los artificios literarios y la expresividad de las comparaciones, como aquella con la que termina: «Pero lo mismo que aquellas célebres espadas toledanas que se templaban en las aguas del Tajo, se forjaban primero a golpe de martillo y luego recibían la caricia del obrero, la caricia del artifice que la presentaba, así es nuestro Ejército de hoy. Se templó en los montes y en los campos de España, se bautizó con la sangre de nuestros mejores, y luego de templado, viene aquí a estos centros militares, a las Academias, a la Escuela de Estado Mayor a pulirse y prepararse para marchar por el mundo. El mensaje final, es el de siempre; su inquietud lo ha dejado entrever, latente, a lo largo de todo el discurso, es su razón de ser y aquí la trata al aire de arenga. Si conserváramos su voz, seguro que habría de delatarle la inflexión y fuerza imprimida, refrendada por aquél pausado y vertical movimiento de brazo con que remachaba los conceptos que consideraba importantes: «Nuestra consigna es la lealtad; lealtad al superior, lealtad al compañero, pero lealtad sobre todo a España y a nuestros muertos. Bueno es que tengamos la fuerza de la razón, pero es necesario también tener la razón de la fuerza».

Junto a Zaragoza, en su entrañable Academia General, un 16 de diciembre de 1946, se siente confortado y pleno de emociones castrenses. Tres generaciones se funden en la conmemoración de la Junta y entrega de despachos; Franco lo recuerda y habla de la Academia ininterrumpida de las tradiciones patrias «que van pasando de mano en mano y cada vez más lucidas». Es emotivo su discurso: Recuerda las Ordenanzas y el Decálogo del Cadete, habla de moral, de milicia, de sacrificios, de honor; evoca virtudes castrenses y cualidades del mando, ofreciendo una verdadera primicia al exponer que «el secreto de la vida militar ha sido siempre la sinceridad», sinceridad que su generación devolvió a España y en la que han de descansar su resurgimiento y la gloria de su Ejército. El discurso es largo, pero medido; seguro que al escribirlo pensaría en el viento del Moncayo que sin duda haría acto de presencia en aquella Plaza de Armas en el momento de la ceremonia, pero era preciso dar una lección magistral a los nuevos oficiales. Conocedor de la historia la expone con aménidad y criterio, doliéndose del desastre moral en que «la Europa infeliz se debate». Habla de confusiónismo, de indiferencia, de la frivolidad de antaño, reservando una preferencia importante para su amada España «ejemplo de sensatez y buen sentido». Jus-

tifica la política nacional, intuye la subversión como procedimiento futuro de guerra exigiendo veladamente «la vigilancia constante y el sereno servicio».

El año 1956 marca un hito en la historia española de la postguerra; se había roto el cerco al que estuvo sometida. Es cierto que continuaba prohibida para ella la participación con igualdad de derechos en el marco de la OTAN y que tras el tratado de Roma surgirían problemas parecidos a los que siguieron al fin de la guerra, pero Franco se mantenía sereno, lo mismo que ante las ofensivas emprendidas por los republicanos durante la Campaña de Liberación, aunque fuera criticado ásperamente por alemanes e italianos. «La táctica en la guerra de España» declaró en su día a un diplomático, «es función de la política». El hombre que dijera: «Yo no debo exterminar al enemigo, ni destruir las ciudades y pueblos, la industria y la producción, y precisamente por este motivo no puedo precipitarme; si a pesar de todo, lo hiciera, no sería un patriota» Se encontraba ante una situación delicada y difícil. Ahora como entonces se iba a esforzar en transmitir sosiego y calma a sus compatriotas.

Esta misma es clave oratoria del 29 de abril de 1956 ante sus compañeros de armas en Sevilla. Con voz pausada, lentamente, tal vez con cierta cadencia soñadora, tuvo que pronunciar su bien compuesto y equilibrado discurso. Era preciso dar una lección de historia de España, en la que tanto tenía que decir. Con indudable armonía hace uso de una prosa poética digna de elogio e incluso con ciertas concesiones, como cuando dice, ...«la mitad primera de mi vida discurrió en las filas del Ejército español, en la que con todo entusiasmo procuré dar los dieciocho quilates al servicio de la Patria. La otra mitad de vida se inicia hace veinte años cuando recae sobre mí la grave responsabilidad de salvar a la nación y enderezar su destino». Gusta de recordar la misión del Ejército en la frase feliz de Calvo Sotelo, repetida una y otra vez, que lo definía como columna vertebral de la Patria; gusta también de transmitir e incluso contagiar la inquietud de su servicio; habla de conceptos viejos y nuevos, de las fuerzas universales y, casi obsesivamente, de la efectiva amenaza soviética que persigue la destrucción de la civilización para imponer su esclavitud. Justifica los acuerdos con Norteamérica y curiosamente esgrime conceptos tácticos (en los que se reveló como un gran maestro) y no estratégicos, como correspondería a un Caudillo. La Infantería, su Infantería, es tratada tan magistralmente que del discurso se pueden sintetizar las futuras formas de empleo y los perfeccionamientos que reclama. El léxico es sencillo; la palabra justa; los adjetivos escasos, pero definitorios y contundentes; la visión histórica con proyección de futuro, completa, y, a pesar de todo, termina calificando de «esbozo del panorama general» lo que, sin duda, es algo más para quienes le escuchan; es la trayectoria de una próxima andadura.

Año y medio después, en octubre de 1957, con motivo de la inauguración de una residencia de estudiantes para hijos de militares en Barcelona esgrime conceptos sociales que en compañía de esfuerzos técnicos han de ayudar a transformar el Ejército, para el logro de conquista de los designios de España. Se encuentra a gusto entre sus compañeros y no regatea palabras al afirmar: «Yo paso siempre un rato agradabilísimo entre vosotros, este rato de camaradería que me vuelve a mi Ejército, a los cuarteles, a los campamentos, a la realidad castrense, a la vida que yo había elegido por profesión». El lenguaje utilizado para dirigirse a los miembros de las fuerzas armadas, es siempre concreto, definitorio, militar al fin, pero entrañable y efectivo. Tal vez por el poco uso de adjetivos, incluso en sus momentos de extremo triunfalismo, nos veamos obligados a hacer profusión de ellos al tratar de estudiar sus discursos.

Siempre que encuentra ocasión, se envanece de su España, de la España de sus desvelos; reconoce su atraso secular y las acusadas diferencias sociales, deshechas por el «Movimiento», pero sin admitir hegemonías al considerar la entrega de la antorcha a nuevas generaciones.

«Compañeros de mi vieja promoción», empieza diciendo en el discurso de sus bodas de oro con la milicia (6 de noviembre de 1975): «Si las bodas de plata son para las promociones la llegada a un estado de razón en la profesión de las Armas, en que todavía quedan por delante veinte años de ilusiones y responsabilidades, las bodas de oro, por imperativo de la edad, son la coronación de toda una vida». El discurso puede calificarse entrañable. Haciendo gala de una memoria prodigiosa, pasa revista a las vicisitudes de toda una vida de entrega «al mejor servicio y engrandecimiento de la Nación». Cincuenta años quemados en una profesión, le ofrecen la oportunidad de hablar de historia de España; acude a ejemplos gráficos, tiene un recuerdo para todos y deja bien sentado que por la médula del Ejército «corren las esencias vitales de los valores sagrados de la patria». Quince años antes (26 de octubre de 1945) había pronunciado el de los XXXV años de oficial con un lenguaje llano, repleto de grafismo e incluso con palabras de argot militar. Eran para España tiempos difíciles y de transición, momentos cruciales de su Historia, por eso, tras un recuerdo ligero, tal vez velado aunque intenso, a las vicisitudes de su carrera, entra de lleno en política, exponiendo todo su programa y analizando, minucioso en detalles, los acontecimientos europeos que tanto le inquietan y los resultados de la guerra, invocando la unión y la protección de Dios.

Con un cuarto de siglo de perspectiva analiza en 1961 los verdaderos perfiles de la Guerra de Liberación que él titula como «la gran epopeya». El recuerdo trae emoción a su palabra; hay aplomo en su discurso e incluso razonable orgullo, recuerda recomendaciones a las fuerzas armadas y habla de la amenaza soviética con frases medidas y firmes: «No se puede perder la iniciativa y dejar que el

«comunismo navegue a favor de la corriente, y el Occidente contra ella» (3).

Al final de unas maniobras militares en la primera Región Militar el 15 de julio de 1959, pronuncia un discurso sobrio, técnico y sin concesiones literarias, pero que encierra una gran gama de enfoques de práctica militar, tratados dentro de un amplio ambiente estratégico, aunque con numerosas referencias al campo de la táctica, al que dio siempre tanta importancia, para terminar: «Con estos tres elementos: afianzamiento del adelanto científico, progreso industrial y resurgimiento económico, el Ejército puede ofrecer a la Patria, en su unión y lealtad acrisoladas, la base más firme de su destino histórico».

En los discursos exclusivamente militares de Franco se observa una trayectoria muy definida: A aquellos inflamados, incluso grandilocuentes, de sus primeros tiempos, necesarios cuando estaba en juego el porvenir de España, en los que se notan concesiones a la fluidez espontánea, redactados con apasionado estilo, suceden otros de más cuidado y empeño, con metáforas, con afición de escritor, preocupación literaria y sobre todo histórica. En todo momento demuestra su gran facilidad de adaptación en el estilo, siempre impresionista y de acuerdo con el ambiente y el auditorio que lo escucha.

Hay discursos elocuentes y recargados de imágenes, en los que con ligeras variantes, utiliza los mismos argumentos contra la Rusia comunista «monstruo-europeo». A veces habla en primera persona, gustando de presentar sus logros.

La armonía en el tono, el equilibrio en el ritmo y la estructura, aunque manteniendo los temas fundamentales de su acendrado anti-comunismo, amor a España y espíritu de sacrificio, son las características fundamentales de los discursos pronunciados a partir de los años cincuenta, que en ciertos casos, utiliza expresiones militares, incluso castizas, se hace más sobrio, con poca reiteración se adjetiva, seguro de sí mismo, de sus ideas y de la razón de su política, que se ve refrendada con el paso del tiempo. A pesar de ello, nada recuerda su comentada frialdad.

En los años sesenta, si bien incide en sus descripciones técnicas y tácticas, es de apreciar su elegancia natural y sobre todo la madurez de oficio, con un estilo directo, elaborado y descriptivo, con temple para contagiar, sin artificios de erudición y con gran capacidad de síntesis.

(3) Discurso del 1.º de octubre de 1931 en la Residencia Militar de Burgos.